

MEDITA CONMIGO

Toda palabra de Dios es limpia; El es escudo a los que en él esperan. No añadas a sus palabras, para que no te reprenda, Y seas hallado mentiroso. (Prov 30:5-6)

Hay un mal común y muy practicado en el mundo que es el de poner palabras en la boca de otros, cosa que ocurre por diferentes razones, la más simple es por no poner atención a lo que se oye, y luego transmitir de manera errónea lo oído; otro puede ser el de tener muy alto el volumen de la voz interior y así torcer lo escuchado a causa de la interferencia que produce el sólo escucharse a sí mismo; pero la razón más terrible, por nacer de una intención perversa, es la de acomodar sutilezas a lo oído para desvirtuar la integridad del que expresó sus ideas; de una u otra forma parece ser que esto es el pan de cada día entre los humanos; la explicación es que este es un mal heredado, virus que fue inyectado por el enemigo de Dios en el corazón de Eva y Adán, y así transmitido a todos los hombres; la intención perversa del padre de todo engaño y mentira no era otro que el de desvirtuar lo dicho por Dios (Jn 8:44), por esto es que comienza *su discurso* diciendo: *¿Conque Dios os ha dicho: ... ?* (Gen 3:1); así es como desde siempre se vale de los hombres para poner palabras en la boca de Dios; si el poner palabras en la boca del prójimo trae males, ¿qué males no traerá el poner palabras en la boca de Dios? Esta acción sutil es la que ha inundado el ámbito religioso, porque ese es el lugar ideal desde donde el enemigo de Dios sabe que puede desviar a los hombres para que no conozcan al Dios verdadero; a muchos les ha hecho concluir que el hombre inventó la religión para controlar y manejar el mundo, es decir, a los hombres; manteniendo oculta la verdad de que el padre de mentira ha sido el instigador de la formación de credos falsos, pues, sabe bien que el hombre tiene la necesidad inherente de la verdadera religión; hoy a muchos les molesta oír la palabra religión, porque la asocian con el engaño y la maldad humana; el apóstol Santiago no manifiesta ningún problema al mencionarla, porque sin duda sabía que el hombre es religioso de nacimiento, ya que al haber quedado desligado de Dios intenta intuitivamente religarse con Él y para ello busca caminos (Stg 1:26 -27); aquí es donde entra la inducción del maligno para ofertarle una miscelánea de credos; pero su blanco preferido es el de poner añadiduras a la Palabra de Dios escrita, y ¿de quiénes valerse para este fin, sino de los mismos hombres, vistiéndolos como ministros de justicia y así allanar los púlpitos, desde donde imparten cátedras a modo de hombres y no de Dios? (2 Cor 11:15); ¿Como protegerse ante este atentado? Bueno, lo dicho en nuestra cita titular nos da la clave; en primer lugar dice que toda palabra de Dios es limpia, lo cual quiere decir que la interpretemos de acuerdo a SU carácter, con sabiduría de lo alto (Stg 3:17), no con sabiduría de hombres (1 Cor 2:12-13); todo hombre que en su corazón CREE que Jesús es el hijo de Dios tiene, sin duda, el Espíritu de Dios (Rom 8:9), el cual guía a toda verdad (Jn 16:13), esto es, a la sabiduría de lo alto; en seguida dice que Él es escudo a los que en Él esperan, lo cual quiere decir que nuestra seguridad no está en nuestras capacidades, sino en que confiamos enteramente en Él, y que nuestros pensamientos serán guardados (Fil 4:7) y guiados por Él mismo. Ahora bien, la exhortación: *No añadas a sus palabras*, está hecha porque nuestra humanidad es susceptible de desviarse a causa de las sutilezas de los engañadores (2 Tim 4:3; 1 Tim 4:1); por esta razón es que Pablo insta a Timoteo a que use bien la palabra de verdad (2 Tim 2:15); para que no pase por la vergüenza de tener que retractarse de una palabra mal dicha. En nuestro tiempo, ya es muy común oír decir: *Dios me dijo, o Dios dice en su palabra*, generado esto de una sensiblería emocional atribuida al Espíritu de Dios, o de un superfluo conocimiento de las Escrituras más por el intelecto que por el Espíritu. Un hombre verdaderamente espiritual que expresa estos dichos tiene que considerar lo que afirma, primero sobre sus rodillas, luego sustentándolo en el contexto de toda la Escritura, y luego buscando el amén de los que de corazón limpio invocan el nombre del Señor, no sólo por versículos aislados. Esto quiere decir que sus palabras sean sazonadas, dicho de otro modo, pensadas con una mente sujeta al Espíritu (1 Cor 2:13); de no ser así, la reprensión de Dios no se tardará, para ser sacudidos y volvernos a la verdad. Si somos cautos al citar la palabra de Dios, sabremos distinguir a los que hablan con ligereza (Prov 29:20).

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava